



RÍO BOGOTÁ

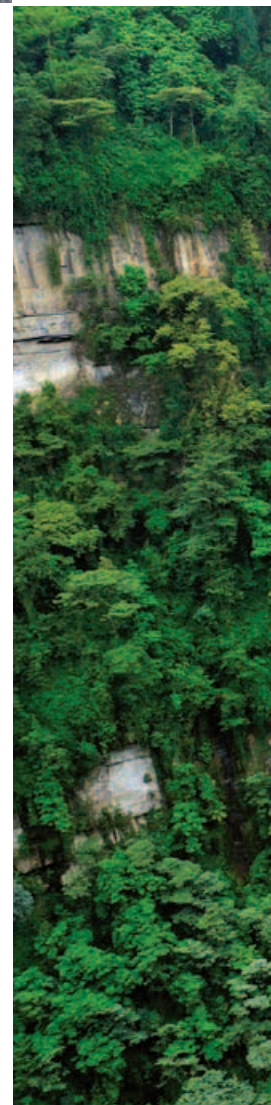
UNA MUERTE EN PICADA

TEXTO Y FOTOS: JAVIER PINZÓN

FUNDACIÓN AZUL-VERDE-AZUL

En lo más íntimo del páramo, a 3.300 metros de altura, y en el límite entre Cundinamarca y Boyacá, la historia de una gota de agua comienza. En esas alturas, donde el sonido es el silencio, la gota navega en la atmósfera camuflada en la humedad del ambiente, hasta ser atrapada por un frailejón en el Alto de la Calavera. Así inicia un ciclo en medio de paisajes prístinos, haciendo parte, primero, de pequeños charcos que se esconden bajo el colchón de musgo en el páramo, y fundida, luego, en los minúsculos riachuelos que alimentan las lagunas del páramo o caen en cascadas que decoran el paisaje y refrescan la sed de sus habitantes. Pero, poco a poco, al bajar de la montaña, la gota sufre una larga agonía mientras se ahoga entre desechos orgánicos e industriales. Esta gota, que nació en medio de tanta exuberancia, corrió la mala suerte de ser parte del río Bogotá.

La fama de este río, uno de los más importantes del país y de los más contaminados del mundo, no llega hasta sus orígenes en el Páramo de Guacheneque. Allí, en un paisaje glacial y bendecido por el vapor de agua que en forma de neblina cubre sistemáticamente su particular geografía, se declaró una reserva natural de 6.343 hectáreas, con el fin de proteger este santuario que da vida al río de los capitalinos. Pero, en medio de un valle de frailejones, una laguna con la forma del mapa de Colombia pareciera predeterminar el futuro de estas gotas: recorrer la capital y su sabana llevándose consigo, a lo largo de medio país, un producto del desarrollo incontrolable y de la falta de ética ambiental.



La historia de una gota de agua comienza en las alturas, atraviesa paisajes prístinos, cae en sonoras cascadas y, poco a poco, al bajar de la montaña, sufre una larga agonía ahogada entre desechos: tuvo la mala suerte de ser parte del río Bogotá.



El río Bogotá nace a 3.300 metros de altura, en el límite entre Cundinamarca y Boyacá.





A solo doce kilómetros de su nacimiento, el cristalino río baja del páramo en forma de cascadas y alimenta 26 acueductos comunitarios, 25 de los cuales no necesitan proceso alguno de purificación, debido a la calidad del agua, que a esas alturas todavía es excelente.

Sin embargo, el río deja en la montaña su inocencia y empieza a morir muy pronto. A escasos kilómetros de su nacimiento, a pocos minutos del paraje paramuno, el río recibe grasas, aceites, y metales pesados provenientes de las curtiembres de Chocontá y Villa Pinzón. Según cifras oficiales, en la zona funcionan 150 curtiembres informales que descargan en el río desperdicios contaminantes como carne, piel y sangre, además de peligrosos químicos cancerígenos. Un proyecto de manejo dirigido por la bióloga Mónica Sanz, y financiado en un 85% por la Cámara de Comercio de Bogotá, involucra a unas 84 de estas empresas en una salida que tiene en cuenta el problema social y da solución al ambiental.

Después de enfrentar la primera agresión en la falda de su montaña natal y antes de su paso por Bogotá, el río aporta su caudal a los embalses de Tominé y Sisga para que el vital líquido sea potabilizado y servido a los capitalinos.

Pero este río de sabana, y por ende de lento caudal, lo cual le limita las posibilidades de sanearse a sí mismo, seguirá siendo agredido por sus propios usuarios. Sus tributarios contribuyen con su cuota tóxica de desechos. El río Tunjuelo atrae desechos cárnicos y sangre de los más de 160 frigoríficos locales, además de los líquidos lixiviados del relleno de Doña Juana y los desechos de otras 254 curtiembres; el río Fucha recoge residuos de las tintorerías ubicadas en el barrio Montevideo y los desechos de casi quinientas industrias de Puente Aranda, y El Salitre recibe su propia carga de vertimientos industriales además de conexiones erradas en los barrios de Chapinero.

La fuente de vida del Guacheneque llega al Salto del Tequendama agonizante, anóxica y con pocas esperanzas.





De acuerdo con el ingeniero Juan Manuel Gutiérrez, de la Gerencia de Tecnología de la Empresa de Acueducto de Bogotá (EAAB), en esta sopa de desechos no se puede estigmatizar una sola de tantas actividades industriales informales. Hay sectores relativamente concentrados, que facilitan su identificación, pero hay muchísima actividad económica pequeña distribuida alrededor de la ciudad que tiene un manejo inadecuado de hidrocarburos, de sustancias químicas como cromo, mercurio y plomo y de contaminantes orgánicos. “El verdadero problema está en la informalidad de la economía”.

En su pausado transcurrir por la sabana, la arteria vital recibirá en total 3.086 vertimientos con más de novecientas toneladas de putrefacción diarias. La fuente de vida del Guacheneque sale de Bogotá como una enorme cloaca de agua muerta, anóxica, transmisora de enfermedades, de malos olores y de pocas esperanzas.

Y sin embargo, este río, agonizante y pestilente, seguirá beneficiando a su propio agresor: sus aguas densas y negras son usadas para la generación de energía en las siete plantas del Tequendama y de Mesitas del Colegio, proveyendo a la sabana con 1.282 megavatios/hora: casi el 75% de la energía de la capital.

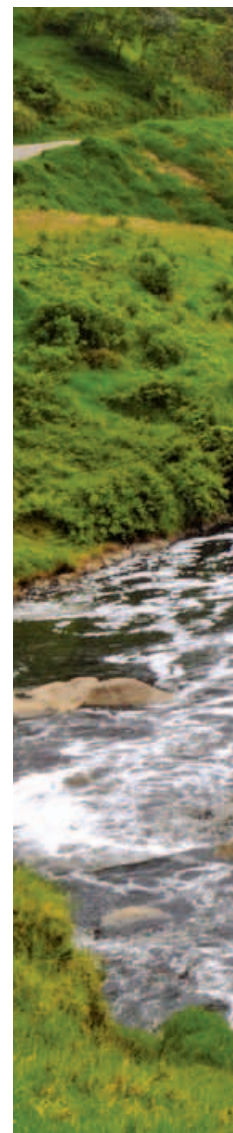
Al saltar los más de 180 metros del Salto de Tequendama y bajar la cordillera, el río, ahogado en los desechos de la sabana, se oxigena un poco, respira y sus niveles de contaminación alcanzan a bajar antes de desembocar en el río Magdalena. Aún así, la huella contaminante de la gran urbe se riega por medio país, pues el río Bogotá es la mayor fuente de contaminación del Magdalena. Los desechos de la sabana —que incluyen cromo, mercurio, zinc y plomo— siguen su rumbo hasta llegar al Atlántico.

Desde hace unos sesenta años empezó la preocupación por tratar las aguas residuales arrojadas al río, pero la ciudad tardó cerca de cuarenta años para empezar a tomar acciones.

Según Laura Marcela Vargas, también de la Gerencia de Tecnología de la EAAB, la gran angustia de Bogotá entre mediados de los 90 y finales del 2000 fue proveer de agua potable a las grandes masas de inmigrantes y desplazados por la violencia que ocasionaron un crecimiento acelerado de la ciudad, y la segunda prioridad fue construir alcantarillado para una ciudad en permanente y acelerado crecimiento. “Eso hizo que los planes de tratamiento de aguas residuales no fueran suficientes o se aplazaran”.

El crecimiento acelerado de la ciudad ocasionó también cambios en el uso del suelo, ya que sectores que estaban destinados a actividades agrícolas, hoy son mega-urbes industriales.

La lógica básica del programa de saneamiento del río Bogotá, explica el ingeniero Gutiérrez, es construir un sistema troncal de interceptores para que el agua residual que está siendo arrojada directamente al río Bogotá o sus tributarios El Salitre, Fucha y Tunjuelo, pase primero por las plantas de el tratamiento.



Sin embargo este río agonizante seguirá beneficiando a su propio agresor, pues genera 1.282 megavatios/hora: casi el 75% de la energía de la capital.

La economía informal dificulta los planes de saneamiento debido a que una gran parte de las industrias ubicadas en las laderas del río son artesanales y familiares.



La primera, El Salitre, comenzó su funcionamiento en el año 2000, tratando las aguas residuales de un poco más de dos millones de personas del norte y noroccidente de la ciudad. Actualmente trata 4.000 litros por segundo y se planea que para 2024 trate el doble de agua. Este tratamiento remueve el 40% de la materia orgánica y el 60% de los sólidos suspendidos totales equivalente a 66,5 metros cúbicos de grasas, 51,9 toneladas de basura, 1.500 toneladas de sólidos suspendidos totales y 1.100 toneladas de materia orgánica.

Según Vargas, la Planta de Tratamiento del Salitre no solo será ampliada, sino también optimizada, ya que hoy es una planta de tratamiento primario que únicamente mejora las remociones con químicos. La idea es lograr un tratamiento secundario, con tratamiento biológico, para entregar al río agua de mejor calidad.

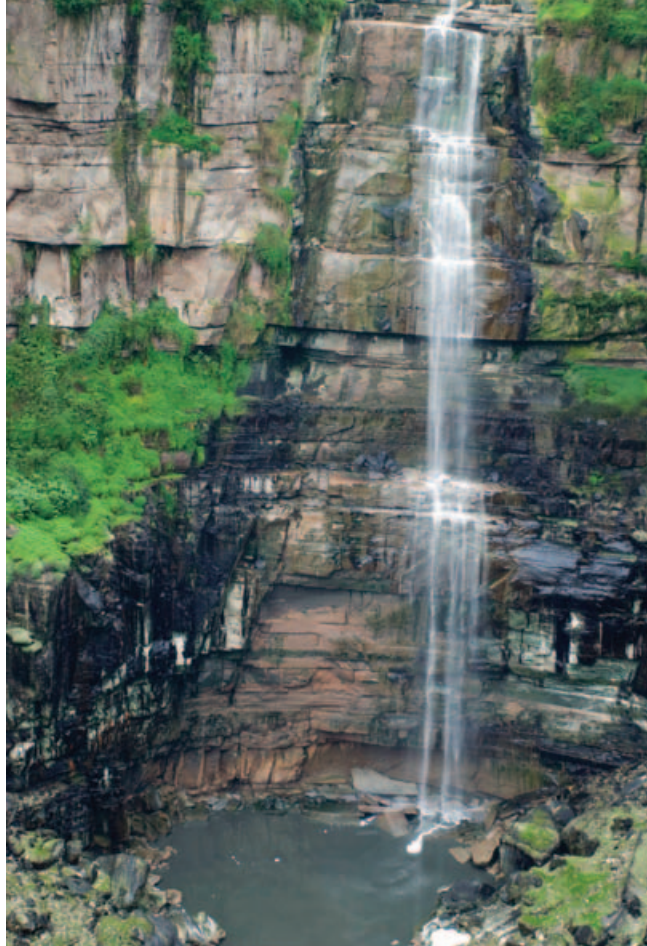
Gutiérrez explica que en la red del norte el último interceptor grande que faltaba era el de Engativa-El Cortijo y ya está terminado. Este pasa tres metros por debajo del Humedal Jaboque, a través de túneles. “Ahora estamos terminando el interceptor Fucha-Tunjuelo por el antiguo río San Francisco y se espera que inicie operación en 2014”.

Queda pendiente la planta de tratamiento Canoas, con un costo estimado de dos billones de pesos. Para desarrollar dicho plan, se ha recibido ayuda económica del Banco Mundial, el cual, en julio de este año, ofreció un préstamo por 250 millones de dólares. La CAR (autoridad ambiental con alternativas de desarrollo), la EAAB (Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá), el Ministerio del Medio Ambiente y el Distrito se han comprometido en la tarea. Con un presupuesto de 7,3 billones de pesos se espera que en los próximos treinta años los planes de sanear el río se hagan realidad.



Mientras tanto, expertos en el tema como Javier Burgos, profesor e investigador del Instituto de Estudios Ambientales de la Universidad Nacional, han dicho que el río tardaría unos cien años en recuperar una calidad de agua aceptable.

Ahora estamos al final del camino, en el mítico Salto del Tequendama, observando lo que queda de la hermosa cascada cuya imagen le dio la vuelta al mundo como parte de las estampas típicas de la Atenas suramericana. Según la leyenda muisca, aquí Bochica partió en dos la piedra que dio paso a las aguas y liberó a la sabana de la inundación. Este era el mítico territorio de El Dorado que con tanta ansiedad escarbaron los exploradores en época de la conquista española. Pero hoy, para permanecer acá unos segundos, debemos taparnos la nariz y se nos hace imposible disfrutar de la típica mazorca asada que aún algunos ilusos insisten en ofrecer.



El río luce tan abandonado como la casa de fantasmas que se aferra al acantilado y que en 1928 fue un lujoso hotel. La casa se niega a acabar de morir, igual que el río, pero es un claro reflejo de cómo este tesoro fue descuidado, maltratado y olvidado.

Son solo 380 kilómetros de recorrido. Aquí, completa su ciclo la gotita que nació en el bello páramo de Guacheneque y que sufrió las consecuencias de un desarrollo incontrolado. Otra vez será absorbida por el Sol y elevada en forma de vapor hasta las nubes para tener una nueva oportunidad sobre la Tierra. 

